LA NOVELA DE NOCHE

1
233483



Folleto 26

José Bruno

LAS NOCHES DE PRUEBA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID
1 PTA

1

233483

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los días, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.° millar).

Las siete columnas, novela.

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Mendizábal, 42. - Madrid

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

LAS NOCHES DE PRUEBA

47/1504464

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 15 de mayo de 1926 Núm. 52

Las noches de prueba

Novela de

JOSE BRUNO

ILUSTRACIONES DE **BELLON**

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

R. 3222369

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

F A R S A

TEXTO E ILUSTRACIONES POR

José Zamora.



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Para esta narración que te ofrezco, lector y señor mio, acudo al recuerdo de mis escasos ratos de mal bibliófilo; y aqui te trabajo un asunto de vieja novedad y hondamente alegre; y tan moral, por cierto, como que abogo por la primacia

debida al espíritu sobre la materia, como que impongo la belleza del alma sobre la fealdad difusa de la carne. De la carne, digo, que no del cuerpo. El cuerpo es suprema belleza, es línea y es luz, es alma también; sólo la carne es fea: y no hay culto a la carne, como no lo hay a la piedra por la piedra. Nuestra devoción va al ídolo hecho y bendecido.

El tema inicial, sobre el que he imaginado mi argumento, es comprobadamente histórico: se funda en la costumbre que predominaba entre los aldeanos alemanes para elegir esposa; y se refiere en cierto añejo opúsculo, debido a la pluma escrupulosa de un ministro prusiano, llamado Fischer, y que se editó allá el año 1780, dedicado al barón de Zeidlitz, ministro de Justicia y director general de Instrucción Pública. Hecho raro el opúsculo, fué reimpreso en Stuttgart el 1853. La singularidad del asunto, la erudición que prodigaba el autor, me interesaron extremadamente y hollaron mi memoria con el punzoncillo picante de su agrado. Es un monumento parcial en la historia de las costum-

bres y usos de la especie humana, merecedor de la atención del curioso.

Para instruir deleitando—porque yo no escribo jamás por sólo escribir—, he de agregar a la relación algunas notas complementarias, y fervientemente deseo que el lector halle diversión en la fábula, pero que no desdeñe la moraleja. La fábula que no la tiene, ofende al género; y el lector que no lee para aprender, ofende al libro.

Yo no escribiría este libro, ni ninguno, si no contuviera alguna consideración útil a las costumbres, o a la belleza, que es decoro de las costumbres.

Esto no tiene vuelta de hoja.

No obstante, para no hacerme más enojoso con preámbulos, vuelve esta hoja preliminar, lector y señor mío.

LAS NOCHES DE PRUEBA



mor es decisión, y excluye a los tímidos; amor es impulso, y condena la cobardía. Dice el dulce poeta latino Tíbulo que a los fuertes ayuda Venus; y sencillos y fuertes aldeanos de otros días nos van a enseñar cumplidamente la saludable máxima del latino.

En casi toda la Alemania, y sobre todo en los distritos de la Suavia, que conocemos con el nombre imponente y legendario de la Selva-Negra, una costumbre extendida entre los

moradores permitía a las jóvenes conceder a sus prometidos, mucho tiempo antes de las nupcias, libertades que generalmente son privilegios reservados a los esposos.

No se iba, pues, al casamiento con el solo misterioso estímulo de la noche nupcial: esa noche nupcial con que mancebos y doncellas sueñan todas las noches de su esperanzada soltería; sino que aquellos aldeanos sabían ya, a buen tiempo, el misterio, y se lanzaban a casarse con la seguridad de que su gusto iba garantizado, y no expuesto a sorpresas irreparables. En otras latitudes, el fascinador, impaciente anhelo de que nos llegue la nunca bien ponderada primera noche, nos mantiene el dulcísimo fuego del noviazgo; pero, ¡ay!, por lo general, solemos arriesgar toda una vida por una noche, todas las venturas sucesivas de las noches venideras por una noche sola de que no podemos conocer nada previamente, a pesar de lo que importa a nuestro porvenir. Se equivocará el lector si malicia que las muchachas que se acomodaban a tal costumbre habían perdido toda idea de moralidad y decencia y que permi-

tían a sus enamorados libre cauce al atolondrado deseo sin un freno debido. No era tan boyante la ganga, ni dejaba de suponer peligro contra la innoble idea del libidinoso.

Ciertamente, alguna endemoniada *fraulein* más gustaría de la libérrima prueba que del casorio mismo, y haría lo posible por pasarse la voluble mocedad prestándose a ensayos, a sabrosos ensayos, para no casarse nunca... Pero esto lo hemos de considerar raro, desde luego infrecuente, por el firme candor de una lugareña sencilla, quizá menos picardeada que una mujer de las ciudades. Por lo común, una bella catetita germánica sabía sacar de sus encantos el mayor partido que pudiera, según los recursos de su talento natural, en un país donde, como en los restantes, la mujer es muy lista cuando nace lista. Ella sabía dispensar sus favores con prudente reserva; y el instinto de la coquetería es, innegablemente, tan vivo y despierto en una rústica como en una ingenua de la ciudad.

En cuanto a ellos, no estaban habituados a dar al amor esa importancia pueril de que el regalo amoroso debía, necesariamente,

conservar intactos sus precintos; no consideraban el amor frívola picardía: daban al matrimonio la soberana, trascendental excelencia que tiene, como sacramento y como estado, y se negaban a considerar su suerte como una caja de sorpresa con la que se tendrían que conformar previa y forzosamente ¡para toda su vida!, sin derecho a reclamación y sin medio fácil de corregir posibles y no raros entuertos.

Cuando una doncellita suava exponía ya en plena floración sus atractivos, una turba de adoradores bullía en torno de ella; cada cual se lanzaba a hacerse notar especialmente, quién por su vigor, quién por su buena estampa, quién por su humor jovial y generoso; mas en cuanto se llegaba a advertir que uno de ellos era preferido, todos los demás se alejaban prudentemente, y el dichoso galán que había ganado la preferencia de la hermosa recibía el permiso de visitarla durante la noche.

No se disputaba aquí la silla de los prometidos, sino el tálamo, este tálamo de soltera, florido por las más puras flores, por el

previo azahar de una primavera toda albor...

Resultaría, por cierto, contrario a todas las reglas del gusto y del buen tono rústicos que este amante elegido se introdujera prosaicamente por la puerta; la etiqueta aldeana, muy rígida en este punto, exigía que hiciera su aparición por la ventana.

Ya en otros romancescos días, los caballeros errantes y galantes, los Lanzarotes, los Tristanes, los Amadises, no podían llegar hasta sus dueñas sino luego de haber trepado o escalado por los más escabrosos peñascos, por murallas de descomunal elevación, o derribado a gigantones, o recibido numerosos chirlos o mamporros. Lo mismo, más o menos, se requería del aldeanito alemán; éste no se sentiría satisfecho, se consideraría deshonrado, si arribara hasta su deseada sin haber antes corrido el riesgo feliz de romperse la crisma; lo que le valía por motivo legítimo de orgullo, por título de gloria, que me parece justo alabarle.

Y cuando ya había transcurrido para él la aturdida edad de la cabriola, cuando ya eran blancos sus cabellos y sus miembros estaban

flojos, el hombre recordaba y contaba, con una ufanía satisfecha y ponderativa, sus altas proezas juveniles, un tanto aumentadas y acaso embellecidas; las contaba a sus hijos, y éstos aguardaban con impaciencia que su edad conveniente les permitiera dar de su amor y de su bravura pruebas no menos heroicas.

Tales arriesgados esfuerzos no procuraban al amante otra ventaja que la de poder hablar algunas horas con la doncella, la cual, durante este tiempo, permanecía en su lecho de soltera, vestida por completo y enteramente presta a rechazar las temeridades que se pudiese permitir un amor demasiado ardiente. Cuando ya apuntaba la aurora, el novio debía retirarse. Y así se acostumbraban las primeras y emocionales entrevistas.

A medida que, progresivamente, se multiplicaban estas citas, íbase estableciendo mayor intimidad, y la moza se volvía menos áspera; concedía, desde luego, algunos favores inocentes; sus vestidos iban siendo más ligeros; el galán ya lograba entrever algunos íntimos primores...



Como todos hemos saboreado, en días venturosos e inolvidables, estos dulces juegos de tanteo y de exploración, ya inocentes, como los de Dafnis y Cloe, ya marrulleros, como los de la mayoría, yo no creo que me haga falta el aventurarme a consideraciones concretas. Los primeros días, sólo la proximidad de la amada basta a nuestra pasión novicia; después, el aliento perfumado o el roce de un cabello; después, las manos que se topan y enlazan; y sucesivamente, el beso primero, los besos que le siguen, el registro atrevido, los labios que buscan nuevos sabores y, en fin, los espasmos vanamente ensayados y perdidos...

A veces la sencilla muchacha acababa por consentir al amado todo lo que el amor quería; y ésta era, al fin, la prueba por la que estaban en vigor las visitas nocturnas.

Las primeras citas se llamaban *Kommnœchte* (noches de bienvenida); más tarde, esta bienvenida era más avanzada, y entonces las citas recibían el nombre de *Probennœchte* (noches de prueba); y estas designaciones dan una idea bastante justa de

las clases de pruebas a que se lanzaban, por una y otra parte, personas que no deseaban contraer un lazo indisoluble sino con perfecto conocimiento de causa.

Desde el origen, era uso corriente que semejantes visitas o veladas no tuvieran lugar más que las noches que precedían a domingos u otros días festivos, y el motivo de esto es fácilmente explicable: un campesino debe pasar la jornada trabajando; y después de una noche sin haber dormido, después de haberse entregado a juegos que fatigan aunque no fastidian, tenía necesidad de reposo. No es de hierro un suavo..., y si su naturaleza de hombre de labor es, de ordinario, fuerte, tanto peor, porque a mayor aliento, más descuidado abuso. Aparte de que la naturaleza no tolera engaños sin venganza...

El resultado más frecuente de estas entrevistas felices, ya lo podemos suponer, era que la joven quedara encinta. Entonces su amante la pedía en matrimonio, y la boda se celebraba prontamente, sin que nadie se escandalizara.



El lector malicioso puede salirme al paso con un punto sutil:

¿Esta anticipación del tálamo no llegaba a prestarse a la estafa carnal?

Sin duda, en más de un caso; mas tan disimulada y aisladamente, que no podía ir en detrimento de la añeja costumbre.

Era rarísimo que el *gars* que se había metido en fuego abandonara después a quien amó y a quien hizo madre. Por una razón muy fácilmente sospechable: porque esto le acarrearía el odio y el desprecio de toda la aldea y la comarca, con otros consiguientes daños.

Pero sí ocurría con frecuencia que, después de algunas noches pasadas en compañía más o menos íntima, los dos amantes se separaran por un acuerdo mutuo, reconociendo con lealtad que no se convinieran el uno al otro. Lo que no se consideraba, de ningún modo, contrario a la reputación de la doncella, y presto se le presentaba otro valiente que recomenzaba por cuenta propia la novela que había quedado interrumpida. Cuando más, si estas rupturas—se las con-

siderara o no rupturas—se renovasen muchas veces, entonces se miraría a la joven como que tuviera algún defecto oculto, y los amadores cesarían de presentarse.

Los aldeanos cultivaban esta tradición como natural e inocente; y solía suceder que si el señor cura de la aldea pedíale a un feligrés nuevas de su hija, el hombre le contestaba con franqueza y satisfacción, como prueba favorable y bien acogida por todos:

—*Ya ha comenzado a dar sus citas de noche...*



Y ALLA VA MI HISTORIA...

I

La pequeña aldea de Ottemburgo, con sus casitas de tejados pardos en atrevido ángulo agudo, parece una alondra posada en el terrón, y que, apenas raya la alborada, lanza al aire el trinado aliento de sus campanitas pascua-

les. Un espeso bosque donde se amontonan tilos gigantescos, defiende la aldea de los rigurosos aires de la sierra inminente, postreras estribaciones de la dilatada cordillera de la Selva Negra. El río Elz, afluente del Rhin, lame con mansedumbre la peana verde del caserío. Sólo es llano el campo, hacia el Noroeste, en unas cuantas leguas; el resto es montañoso y quebrado, rico en madera, en caza... y en leyendas sombrías. Para llegar al pueblecillo abundan las molestias, por la naturaleza escabrosa del terreno; pero una vez allí, todo son facilidades y amabilidades hospitalarias. Se acreditan de una bondad ejemplar los naturales; todo se lo muestran al viajero, sin ponderaciones excesivas y enfadosas; y después de enseñarle el lugar y cuanto conserva de típico, pónenle al tanto de las particularidades e intimidades de los vecinos. Allí están aún en pleno vigor *las noches de prueba*. Un simple paseo nocturno por las callecitas medioevales, que parecen roídas viñetas de un añejo códice, nos revela la sabrosa costumbre. A la luz mortecina de los regateados y sisados faroles,

vemos una sombra con silueta humana que se desliza cautamente; ya se pára un momento, ya cruza la calzada, ya corre al largo de los destartalados muros... Detiénese después ante una ventana, que se enciende un punto y que brilla en la oscuridad como el sesgo consolador de un faro. El furtivo entonces parece reconocer el terreno y calcular todas las posibilidades de acceso, y luego, denodadamente, trepa como un gato por ventanas, travesaños y montantes hasta ganar la altura d o n d e emocionadamente se le aguarda...

Allí, en Ottemburgo, sucedió el gallardo lance de amor que me inspira este libro.

Veinticuatro mayos tenía ya Carlota, virginidad madura en todo su fuego. Blanca como mármol era la estatua viva de su carne; blanca y oro como la *Walkyria* desnuda, como la heroína que prometen los adustos dioses del Norte a los guerreros divinizados: ángeles hembras que rondan la batalla y que se llevan a los que caen a un paraíso blanco y áureo, donde, entre libaciones que no hastían, se goza de una fiesta eterna de amor.

En los irisados ojos azules de Carlota reposaban los más ardientes sueños; en su boca golosa, de húmedo minio, anidaba la más delicada sonrisa. Cuello esbelto y puro como el del cisne de *Lohengrin*. Y sus manos eran las rosadas y breves manos con que Loreley peinaba al crepúsculo, con pie de oro, su fabulosa cabellera de oro.

Piedra blanca de ídolo era su carne; cuerpo recio y dominador que una raza rubia, potente rosa que subsiste en la nieve y se curte con el vendaval, erige en las espantables tinieblas suavas la eterna Venus, sazonada en su propio mármol. Tesoro vivo, de marfil y oro vivos, que hace exclamar al feliz amante, cuando lo posee y aprisiona convulsivamente entre sus brazos:

—¿Pero con qué virtudes, con qué heroicidades he contentado yo a los dioses?...

Bien hablada, ingeniosa e incisiva era en su alegre trato la moza; mas estas excelencias de su espiritualidad no habían sido estimadas por lugareños toscos como sus vecinos; tampoco la podían satisfacer a ella los zafios incomprensivos; y así, la hermosa



hubo llegado a la flamante madurez primaveral de sus veinticuatro años y todavía galán ninguno había escalado su balcón para probar la gloria intacta de su cuerpo y la afabilidad novicia... y sabia de sus mimos.

Ella, no obstante, esperaba a su galanteador, al hombre capaz de adivinarla y estimarla en sus honestos méritos, en sus refinadas y exquisitas ansias.

Entretanto, Carlota, durante las dilatadas noches de su casta y dulce soltería, sentada tras los estremecidos cristales de su balcón de piedra, atisbaba las cómicas y heroicas maniobras de aquellos *gatos* en celo, de aquellos engreídos novios de la calle, que reptaban por las paredes y que, después de más o menos afortunadas peripecias acrobáticas, franqueaban la tibia alcoba de la elegida...

Luego el silencio, sólo turbado por la pisadita blanda de la nieve o por el silbo malhumorado del aire de la selva...

Carlota ardía en suposiciones... ¡Ah! ¿Qué estaría haciendo a tal hora Catalina, aquella mosquita muerta de mujer, que en lo que ya iba de año había metido en casa a cuatro

caballeros, uno en cada estación?... ¿Y qué demonio de prueba pretendía la dueñita de la tahona de enfrente con un novio casado?... ¿Qué charla elocuente andaría sosteniendo Enriqueta Schultz, la de junto, tan enamorada de su moreno, y tan adelgazados los dos por días?...

El corazón solitario de la solitaria Carlota quemaba con su fuego envidias para extraer de ellas esencias de amor...

Mas ya le tocaría a Carlota su prueba, ya la rondaría el galán soñado y le treparía por los muros. No es jamás soltera la esperanza.

Paseaba Carlota, seguida de una dueña, por las orillas verdes de los tilos, por el laberinto de piedra del barrio viejo, y ningún hombre la osaba seguir, pues que la moza llegó a labrar fama de esquiva y descontentadiza. Volvía malhumorada a su retiro; pero, mujer de espíritu sutil y profundamente cultivado, sabía que la impaciencia nunca llegó pronto a parte alguna.

Carlota había discreteado con un guapo vecino, y a punto estuvo de probarlo; pero



el hombre, embobado por las pícaras explicaderas de doncella tan sazonada, limitábase a escuchar a la joven, y no sabía llevar él la amorosa y fogosa iniciativa. Carlota no podía, pues, hallar atractivo en este pasivo admirador; la mujer gusta de dominar, pero a quien la domine...

También la hermosa había recibido los tiernos sufragios de otros hombres; pero éste es muy bruto, ése es muy feo, a ninguno quiso franquear su puerta. La puerta de su balcón, en este caso.

No debía tampoco pecar de ligera en la admisión de un aspirante. A veces, hasta el mejor partido puede sorprender con un grave engaño. Como le sucedió a su amiga Lucía, la hija del burgrave: Lucía tuvo un pretendiente de calidad, cual correspondía, sin duda, a la buena posición de ella. Este pretendiente era bello como un Narciso teutón y, además, pasaba por el más rico negociante en maderas de la localidad. No pudiera soñar, en fin, Lucía un partido mejor. Y, cosa sorprendente, Lucía le rechazó luego, en

redondo... Concedióle una cita y otra. Después, entre sus amigas, se manifestaba maravillada de su suerte:

—¡Vaya que es guapo!—decíale una amiga envidiosa.

—¡Vaya que es rico! — murmuraba otra más envidiosa todavía.

—¡Vaya que eres afortunada!—le decía la envidia en general.

¡Ay! La tercera noche, Lucía, desencantada, ponía fin a las furtivas citas nocturnas confesando así al meritorio:

—Eres el joven más bello del lugar. Eres el novio más rico también. Pero..., ¿a qué engañarte ni engañarme? Déjame que sea sincera: me traes demasiado poco... Y esto se acabó. Prueba con otra...

Las anticipaciones amorosas asimismo podían prestarse, por alguna singularidad, a la burla del hombre, y hasta a la burla de la aldea, en más de un caso.

En todo Ottemburgo se sabían y se comentaban proverbialmente la manera de Juana, las dos maneras de Olga y las mil y una maneras de María Waten. Experimentadores

indiscretos las propalaron, por presuntuoso, irresistible prurito de ciertos galanes que no llegan a gozar plenamente de una mujer si no lo refieren a los demás, cual si necesitaran una especie de visto bueno, de lo que ya se quisiera haber visto.

La venganza ruin, por otra parte, se valió a menudo de la revelación morbosa.

Tal le sucedió a Elsa Bayer, amiga de nuestra Carlota, y hermosísima hembra también.

Elsa sostenía, por más de un año, relaciones íntimas con Alberto, joven comerciante de paños, reacio, tal vez, a casarse, pero enamorado, desde luego, de su Elsa.

Reacio a casarse, me diréis, porque si Elsa le concedía ya, desde tanto tiempo, sus noches completas, no debía de correrle mucha prisa el casorio. Mas no era por esta causa, sino ya por entretenimiento excesivo en los negocios, ya por lentitud natural de su carácter. Hay muchos que si no se casaran por fin, una vez, no se casarían nunca jamás.

Alberto no cambiaría a su novia por nin-

guna aldeana de todo este mundo a la redonda. No la veía más que los domingos, embargado en sus obligaciones, y lamentaban ambos no encontrar en toda la semana más que un solo domingo; pero, en desquite y desagravio, aprovechaban siete veces el único día disponible...

Alberto cegaba por la belleza blanda, delicada y fragante de Elsa; belleza que no se aliaba a la arrogancia, como en nuestra imponderable Carlota, pero que se concretaba plenamente en una absoluta feminidad: era la hembra toda ella hembra, reverso completo, exacto, inconfundible del sexo. Cabellos muy largos, en una cabeza pequeña, facciones menudas, formas tiernas y redondeadas y suaves en todas sus porciones, carne blanca de nardo; y en el más fulgente hemisferio astral de su desnudo tibio, un lunar negro, redondo, como una lentejuela pavonada... que volvía loco a Alberto.

Lindísimo lunar, tan mirado y remirado por su poseedor, que bien podía decirse que se había estampado, dos veces, en las reti-

nas del galán, y era como si las hubiera sustituído...

Pero los amores más grandes acaban por la razón más pequeña. Un día quedaron entre estos dos novios rotos todos los lazos; todo quedó roto, y así se quedaría por siempre. Después de tantas pruebas... no se había demostrado nada.

Intervino el peor enemigo del amor, el amor propio; y Alberto, despechado, se fué de lengua entre sus amigos. La burla hizo presa en la muchacha; el ex novio mismo coreó las bromas cínicamente, y el lunar se volvió célebre en el pueblo.

¡Quién viera el lunar,
quién viera el lunar
que tienes, Elsa, en la cadera!...

cantaban trovadores de barrio. Diversos dichos corrían de boca en boca: "Más negro que el lunar de Elsa..." "He comido hoy unas lentejas estofadas, exquisitas, como lunares de Elsa...".

—No somos perfectos—decía, una tarde,

el pastor de la aldea al juez—. Cada cual tiene un lunar en su vida.

A lo que respondió el juez:

—Pero no como el lunar de Elsa...

Y todo el mundo quería conocer aquel lunar histórico, meca diminuta de los más pícaros deseos, asterisco ideal del más lindo mapa.

Ocho pretendientes, ni más ni menos, rondaban ya a la moza. Ella eligió a uno solo. Pero éste, en cuanto consiguió lo de la abeja de nuestro madrigal, que picó y sacó miel..., fuése volando; y Elsa aceptó a uno de los siete golosos de tanda, y así sucesivamente el lunar se fué acreditando, es decir, desacreditando, por los testimonios de sus catadores.

No estaba mal el lance. Elsa no se casaba; pero ya le sucedía esto mismo con Alberto; y aún podía darse por casada, claro es que con diferentes maridos, lo que no dejaba de tener sus encantos. En la variedad dicen que reside el gusto.

Mas el amor no gusta de que se pregonen sus dichas; sólo la intimidad puede atraerle;

y como la desafortunada Elsa, ¡burlada por hermosa!, tenía el fiero inconveniente de vivir ya como si anduviese públicamente en cueros, como si su cuerpo vivo fuese estatua en la plaza del Ludibrio, sucedió lo que era de suceder: que ya los hombres, por no ponerse en ruidosa evidencia, no se acercaron más a la joven, ni por la chusca apuesta de ver si el lunar había cambiado de sitio...

Y Elsa, tan linda, se fué quedando pavorosamente solterona; claro se está que ya quisieran, por ciertas latitudes, tantas solteronas haber sacado de este mundo tanto y tan alegre movimiento como sacó Elsa; y que le quitaran lo bailado.

Pero..., peor aún: si había bailado mucho, conservaría mayor afición.

Y aquel lunar maldito, punto negro de su existencia, indeleble marca de su infortunio, la había perdido para siempre, sin remisión ni salvación.

Carlota, nuestra protagonista, conocía más amargamente el caso, que lo conocía de boca de la infeliz víctima.

Pasó mucho tiempo. Carlota no veía por

ninguna parte a Elsa, que hacía vida recatada y vengonzosa.

Un día, se le presentó en casa la amiga.

—Carlota — dijo, sollozando —, ¡soy tan desgraciada!...

—Ya, ya lo sé...

—Ahora lo soy más.

—¿Más todavía, Elsa?

—Es que hay un hombre que...

—¡Vaya! ¿Qué me cuentas?

—Sí; un mozo guapísimo, ideal.

—¿Hay *otro* aquí...?

—No, no es del lugar. No es... el que te gusta a ti...

—¡Ah!...

—Forastero, ¿sabes? El muchacho viene con frecuencia a verme, claro es; pero... aquí está lo horrible... Se informará de mí..., ¿comprendes? Y sabrá mi defecto...

—No; tu perfección.

—¡Mi ruina!... ¡Soy muy desdichada, Carlota!

Y lloraba desgarradamente la incasable. El forastero, en cuanto estuvo dos días en Ottemburgo y preguntó por la muchacha, oyó

hablar del lunar con todo género y número de detalles. Se le respondía con risitas, con reticencias maliciosas, con un tono como para que no se atreviera a preguntar más.

No obstante, ¡le gustaba tanto aquella mujer!... Y, ¡qué demonio!, un lunar tan bonito como se decía no sería mal adorno de carne tan blanca.

Entabló conversaciones con la moza, y todo iba por el mejor camino. Por el peor también, porque las pullas arreciaron de modo insolente, insoportable.

Vaciló en su ilusión el enamorado.

Elsa no se resignaba a perder este amor, el más desesperado y el más verdadero.

Y tomó una resolución heroica, una extrema decisión de amor.

—¡Es una calumnia eso que dicen! ¡Una calumnia vil que inventó el canalla de Alberto, mi primero y único prometido!

—Me lo probarás, Elsa—propuso el amoscado forastero, que fluctuaba entre su deseo y su desconfianza.

—Te lo probaré. Bien cumplidas sean las noches de prueba.

Elsa, días después, ya había emprendido un corto viaje a una aldea vecina; en casa de un cirujano se sometió, afanosa, a una pequeña mutilación, y noches después citó al amado a que le trepara por la ventana.

Lo que pasó, pasó bien pronto y totalmente, para que el amado se convenciera y se saciara. El vió desmentida la cruel mofa de aquel vecindario; vió, sí, una cicatricilla, que adornaba mucho por cierto; pero no un lunar; y vió... que Elsa era una arrebatadora delicia.

Y se casó con ella, burlándose de todos los lunares del mundo.

Este caso, originado en las noches de experimento, demostraba a nuestra Carlota que la cabeza debía meditar bien las elecciones del corazón.

Mujer lista, más que avispada, Carlota sabía esperar. Era saber vivir. Y algún día saber amar.

II

¿puede estar nunca vacío el corazón de una mujer?

Carlota andaba enamorada. Enamorada sin correspondencia; es decir..., locamente.

Federico, o Fritz, como pronunciaba ella, o Federiquito, como hay que traducir el cariñoso diminutivo alemán, habitaba clandestinamente en el corazón de Carlota. Tan clandestinamente, que él mismo lo ignoraba; él lo ignoraba, desde luego, más que nadie. Si Fritz, tenorio acreditado, bien traducido al

alemán, hubiera sospechado la inmensidad de gusto que escondía Carlota para él, una noche cualquiera, sin ni pedir venia a la hermosa, habría podido aventurarse a trepar al balcón de ella, más como un ladrón que como un novio, y... ella tendríalo abierto para él. Era Federiquito muchacho atlético, de pelo albino y crespo, de profunda mirada, albina también: una mirada fascinadora de luna. Su tórax formidable, su cuello rojo y poderoso, no desvirtuaban cierta delicadeza de gesto infantil, que nacía de su sencilla franqueza.

Buen macho de la especie y, por añadidura, hombre de amena charla, tenía que ser del íntimo agrado de Carlota. Entre los dos, sólo mediaba un trato muy superficial. Veíanse, a veces, en la plazoleta del mercado, y unos días se saludaban nada más, otros cambiaban algunas palabras, banales generalmente.

—Buenos días, Fritz.

—Muy buenos, Carlotita... No te pongas lazo celeste en la cofia, porque no vas a estar más bonita.

—¿Por qué?

—Porque no puedes estar más bonita.



—Desgraciadamente para mí, ¿verdad?

—No; para mí.

—Son muchas desgracias las que te permites por lujo. ¿Qué, cuándo te casarás?

—Nunca, por ahora, querida.

—¿Nunca? ¿Por eso tienes tantas novias?

—Me falta una para la colección...

—¡Pobre de la que quede para eso!

—¡Pues... hagan ustedes colección de novios!

—Ya, ya la hacen muchas, Fritz. Cuida de que no entres tú a completar alguna... y no te convenga. ¡Ja, ja!...

Los dos se despedían riendo y no avanzaban más en su plática.

Se internaba Carlota en el abigarrado y ruidoso tumulto del mercado. Debajo los parasoles de lienzo, que hacían vegetar en la plazuela, durante las mañanas, hongos gigantescos y efímeros, exponían campesinos de los contornos sus anchas banastas, en que verdeaban rizadas legumbres, apilábanse rojas manzanas, carminadas murtas del bosque, doradas peras de entrañas dulces y jugosas. Bajo otros tinglados, las aves de pardo plu-

maje se arracimaban en sus estrechas jaulas o yacían muertas en blandos cúmulos. Apretado en cajones de madera mojada, entre los terrones de hielo, el pescado lucía con reflejos de plata nueva.

Pregones recios de campesinos fumadores de pipa y de mujeronas enfundadas en espesas chambras de colores vivos, discusiones airadas por motivos graves de precios menudos, atronaban el espacio de la plazoleta.

Carlota, con despacioso andar, iba examinando las verduras, curioseaba la caza y la pesca, y sus ojos se volvían a topar, inopinadamente, con los burlones ojos de Fritz, que tornaba a pasar cerca de la joven.

—Adiós.

—Adiós.

Al gesto pícaro de él contestaba Carlota con una sonrisa, que era como la picardía de la inocencia...

¡Buena pieza estaba hecho el galán!

Federico tenía muy mala fama entre el sexo soltero. Se decía que, disimuladamente, este garañón se dedicaba a probar...; que era un chuchero voluble en cosas de amor, y que,



después de tanta prueba, no le gustaba ninguna... como para casarse. Y era porque le gustaban todas, naturalmente. Federiquito resultaba un *hueso*. Ignoro cómo llaman a los *huesos* en alemán; pero Federiquito resultaba irroíble.

En esta aldeíta de Ottemburgo, sucedía una particularidad excepcional respecto de las noches de prueba. Una singularidad de la que se han hallado vestigios en la vieja América, en las tribus de los Otonías. Herrera cuenta, en su *Historia de las Indias*, que los Otonías, de Méjico, que conocían libremente a todas las mujeres antes de casarse, pasaban una noche con la que seleccionaban para hacerla su esposa y podían después desestimarla; pero no tenían ya el derecho de tomar otra si la guardaban hasta la mañana siguiente. Cosa semejante era usual en Ottemburgo. Allí el ruiseñor de Julieta cantaba amor; pero la alondra de Romeo pregonaba boda.

Pues bien: este endiablado Fritz habíase hecho un otonía incorregible, que tenía buen cuidado de burlar a la señorita aurora y a todas las señoritas que pudiera con salir de la

casa escalada primero que el alba, con paso cauteloso, pisara los dinteles blandos del Oriente... El sol era para él un espantapájaros. Tenía Fritz más calculado el alborear que un gorrión. Siempre se salía antes de dondequiera que se hubiera metido, por muy metido que estuviera.

Fritz era un gallo de ligero sueño. Y más bien era un zorro que se valía de la sombra.

Tal se valió con Guillermina, la hija mayor del veterinario; y tal se valió con la menor también. Así se apañó con Magda, la panaderita. Una noche las convenció y se fué; otra noche las abrazó y exploró, y se salió en seguida; otras noches las hizo suyas, y se salió a prisa, y ya era de día cuando se acostaba otra vez. *Et sic de cœteris.*

De haber vivido Fritz en ciertos pueblos a que se refiere Fischer... Asegura éste que hay pueblos en los que, por una contradicción extraña de ideas antiguamente en uso, la iniciación de una doncella estaba mirada como obra humillante para el iniciador; y eran un extranjero o un hombre de condición baja los que se encargaban de este me-

nester, y hasta frecuentemente exigían salario... Así, pues, de haber vivido Fritz en tales pueblos, Fritz habría sido el más mísero y despreciable quídam.

Fritz se significaba en Ottemburgo tipo de cuidado.

Y hombre de correrías, hombre experimentado, que se afianzaba en el engreímiento de su hábil impunidad; lince que acechaba y ahusmaba debilidades femeninas, claro es que hubo de ir dándose cuenta de la *secreta* inclinación de nuestra Carlota, y comenzó a dejarse querer. ¿Quién no habría de dejarse querer de criatura tan apetitosa y además previamente dispuesta al amoroso acceso? No era Carlota, desde luego, la incauta y fácil, cuya coquetería es plaza abierta, sin valladares ni murallas, porque desea la entrada libre y no piensa en resistencia ninguna. Por el contrario, ya sabía Federiquito que no debía confundir a Carlota con cualquiera otra muchacha del lugar, con aquellas crédulas y desprevenidas a las que Federico había puesto a prontas y fugaces pruebas. Carlota parecía ser la doncella prudente y fuer-

te, sexo atlético, vigilante de su integridad, y también espíritu avezado que se forjó en el yunque de una larga y reflexiva espera. Esta cualidad detenía, por ella sola, los acreditados arrestos del doncel; porque en amor, los engañadores más audaces suelen asegurar su prestigio en la credulidad predispuesta de sus víctimas, no en el poder activo de ellos. De otra manera, Don Juán no tendría que arrepentirse mucho para ganarse el cielo.

Mas Carlota se había prendado de Fritz, y la seguridad que empleaba para los otros habría de suponer, naturalmente, blandura para el elegido..., que era lo que se trataba de demostrar en el corazón taimado de Fritz.

Inflexible se demostró siempre la hermosa con cuantos la rondaron; mas, ¿sería la misma con quien ella soñaba? Por cierto, acreditábase de avispada la doncella; pero... como una mujer lista, en cuanto se enamora, ya no es lista, que siguiera buscando a Federico y se descuidara de él...

III

Una mañana, camino del mercado, Fritz, saliendo al encuentro de Carlota, le dijo:

—Me alegro de encontrarte, Carlota.

—Y yo de hallarte a ti, Federico.

—Oye... Hace tiempo deseo confesarte una cosa...

—Tú dirás, Federico.

—Que pienso que no puede seguir nuestra amistad.

—¡Hombre! ¿Por qué? ¿Qué mal te he hecho?

—Eres demasiado bonita para amiga, y quiero que riñamos de amigos y nos hagamos novios.

—Para novia, ¿no soy demasiado bonita?

—Lo eres también; pero me resignaré como novio.

—¿Que te resignarás?

—Y si no me resignara de novio, me haré tu marido; entonces ya me será más fácil.

—Pero entonces no me resignaría yo...

—Te quiero, Carlota. Tú eres la mujer que yo busco.

—Pero la buscas entre tantas...

—Mejor; así me he convencido de que eres tú la mía y solamente tú.

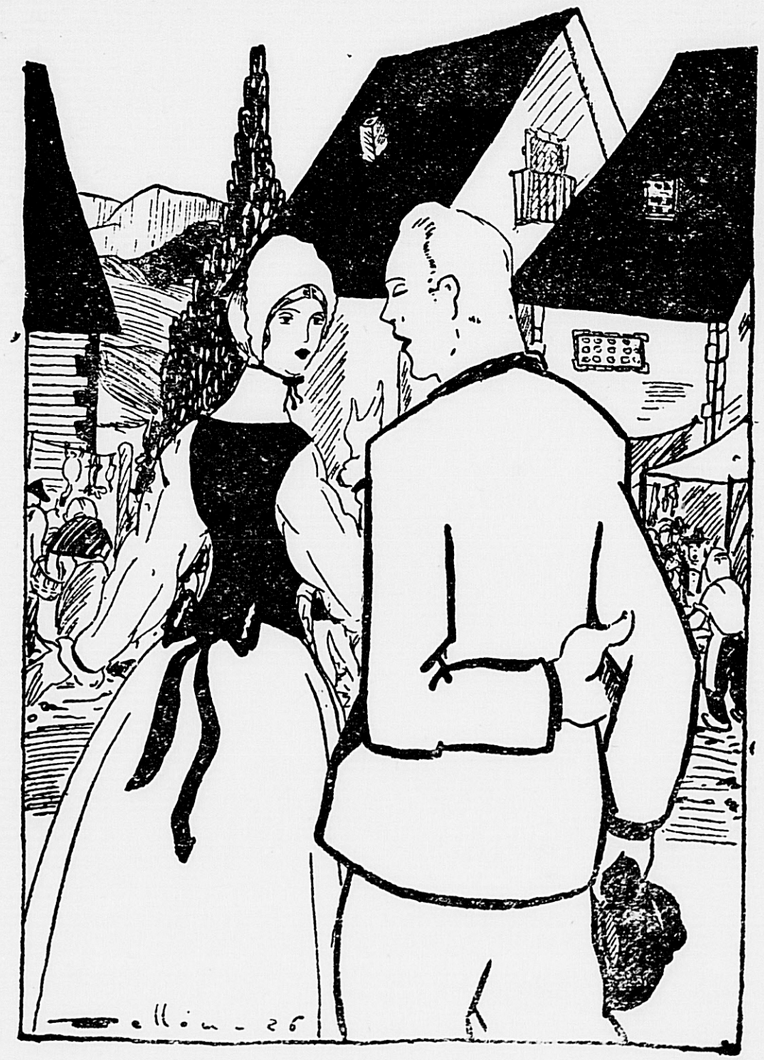
—Bueno; yo probaré con otros, a ver si luego me pasa a mí lo mismo contigo.

—¡Eso no!... Dame a mí tus noches de bienvenida...

—No, no, no...

—Me darás tus noches de bienvenida, y después tus noches de prueba.

Carlota lanzó una carcajada cristalina. De trozos sonoros de cristal que herían a Fede-



rico. ¡Probar...! ¡Eso era lo que pretendía Federico, probar!...

Y le dejó con la palabra en la boca.

Ella era hermosa, ella era inteligente, y alegre y casta; ella no requería más prueba que el mirarla. ¿Qué más satisfactoria prueba que sus arrebatadores ojos de piedra preciosa, que su boca de guinda fresca, que su anchura y delicadeza femeninas, que su palabra de oro y su agilidad espiritual?

Si Fritz pensaba que ella era como las otras, si creía que podía poner sus frívolos proyectos en una hembra sagaz y discreta y dueña de sí misma, se equivocaba Fritz.

Y Carlota estaba segura de que Federico no pretendía de ella sino un irritante y ofensivo catar y escapar.

No obstante, a pesar de todo, le amaba, le amaba siempre, y, herida en su amor propio de mujer hermosa, doliéndose de no merecer otro homenaje del galán malintencionado, todavía por eso... le amaba más y más.

Y procuraba toparse en el mercado con el pérfido Fritz.

Y Fritz, picado porque le calaban, esta vez, la intención, desimpresionábase de Carlotita; mas iba expresamente a encontrarse con ella en la plazoleta del mercado.

—Buenos días, Carlota.

—Buenos días, Fritz.

—No quisiera encontrarte.

—¿Por qué, Fritz?

—Porque no me conformo con que seamos amigos.

—Yo sí. ¿Es que no te gusta que hablemos?

—Me gusta hablar contigo más que con ninguna otra mujer, y me estaría contigo hablando todo el día... y toda la noche.

—¿Hablando nada más?

—Nada más.

—¿Pero como amigo o como novio?

—Como novio, Carlota.

—Bien...; si es para hablar, consiento en que seamos novios, Fritz.

—¿Me esperarás esta noche?

—Yo te espero todas las noches.

—Adiós. Confía en mí.

—Confío en mí...

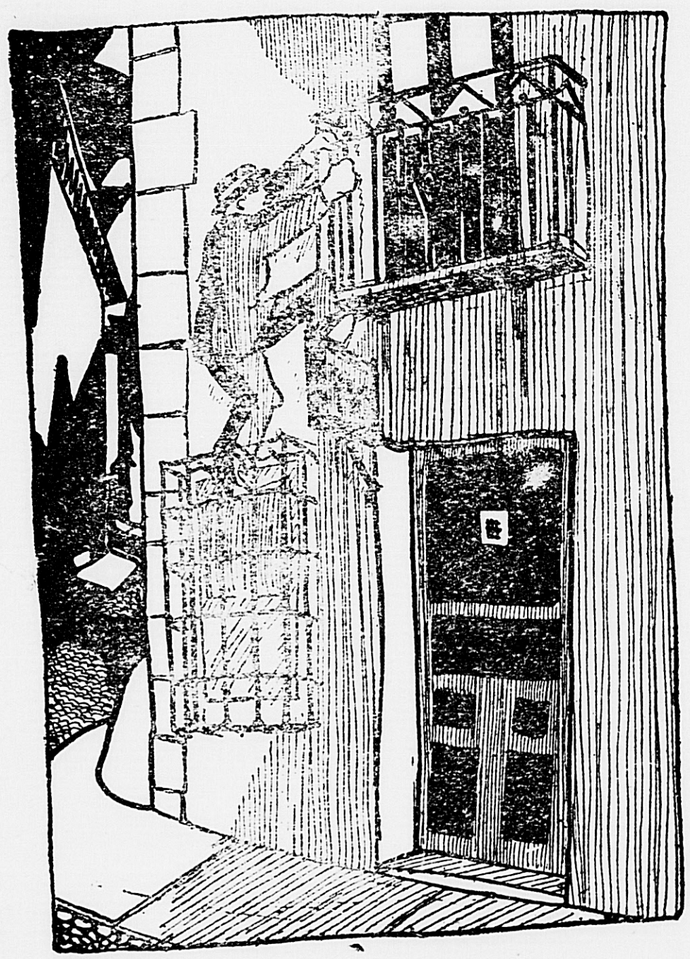
... ...

La noche era negra, como si el sol hubiera quemado el cielo durante el espléndido día; pero una alegre luna, risueña carátula, se embozaba y desembozaba entre compactos nubarrones, y la Estrella Polar, la excelsa, luminar de los mares, norte del cielo, irradiaba con periódicas intermitencias de semáforo... El viento silbaba, novio rondador de la selva.

En las callejas solitarias de la aldea dormida, las escasas llamas de los faroles se guiñaban picarescamente... Fritz detuvo su precipitado andar ante la casa de Carlota; se reposó a reconocer el lugar y a que le pasara la emoción, muy peligrosa para escalar un muro ciertamente difícil. ¡Y tan difícil como era el muro de la nueva novia!

—Por otra que no valiera tanto no me metería yo a salamandra...—pensaría quizá Federico.

Registró una ventana de agudos hierros, el muestrario de la zapatería del piso bajo y el alero exiguo del viejo balconcete elegido.



En la habitación de la cita se veía luz. La luz de Hero. El faro con que las luciérnagas en celo se llaman...

Fritz, ágil como el enardecido macho, trepó: la ventana de hierros agudos, el frontis de la tiendecilla, el alero breve y resentido... y adentro... Ella estaba, bella como su sonrisa, cubierta de la linda cofia de encajes y sentada en el lecho, bajo bordado lienzo de seda...

—¡Por fin...! ¡Carlota mía, por fin!...

—Por fin, dice mi alma.

—¿Tengo el orgullo de ser el primer hombre que viene a desvelar tu sueño?

—Sí, Fritz. Y yo tengo el orgullo de ¿tu orgullo?... Ningún hombre vino a desvelar nunca mi sueño. Porque ya tú, sin que vinieras, hace tiempo me lo desvelabas.

—Y yo, mientras, con el alma desorientada en amores vanos de otras noches... Tú eres mi única y mi eterna, Carlota. Ninguna desveló más mi deseo.

—Porque otras te lo saciaron.

—No; porque tú me lo saciarás en matrimonio.

—¿Ya piensas en matrimonio, Fritz?

—Sí que pienso. A ti no necesito probarte. ¿Qué más prueba que el amor inmenso que te guardo? Yo me resigno a tus ojos de iris de mar; a tu cara de alabastro rosa; a tus labios, sangre de tu alma...; a tu cuerpo, que debe de ser una estatua modelada en la luna...

—Yo tampoco, Fritz, tengo que someterte ni someterme a otra prueba que a la de amarte. Y me resigno a la fortaleza de tu cuerpo, que debe de tener blandura cariñosa de niño; a tu mirada clara como un sueño blanco; a tu pelo, en que, de noche y de día, se refleja la luna clara de la Selva Negra...

—Hablas como hablaría de mí mismo mi deseo más presuntuoso.

—¿Para quién se han de engalanar las palabras sino para el amado? Quisiera que mi lengua hablara contigo como a través de un arpa.

—Reja ideal desde donde yo te contestaría con mis ideas más dulces. Al hablarte, quisiera que mis palabras no tuvieran otro aliento que ese aliento hondo del suspiro.

—¿Me amarás siempre?

—Nunca ha amado el que no amó siempre.

—No temo que me engañes, porque a lo que tengo temor es a que te engañes a ti mismo. Fritz, pruébame que me amas.

—Te lo probaré queriéndote siempre. Y ahora mismo, ya te lo estoy probando...

—¿Con lo que me dices?

—Con lo que te digo, tal vez no; pero sí con sólo decírtelo...

Federico, sentado junto al lecho, se sonrió enigmáticamente...

—No te asombres tan pronto de tu heroicidad, querido. Me has dicho esta mañana que solamente hablando conmigo te pasarías todo el día entero y la noche.

—Y toda la vida.

—No incluyas, pues, toda la vida en este momento... Yo también gusto de oírte, Fritz. Nos hablaremos reposadamente; los falsos amores son los que tienen prisa, porque han de pasar presto; y no debemos comparar el apresuramiento aturdido del deseo pasajero con la impaciencia reflexiva del verdadero

amor. El verdadero amor sabe aguardar, porque no piensa partir nunca; no acecha, sino que acompaña; no se detiene a reposar de sus pasos, sino que se queda definitivamente, y muestra en su impaciencia la paciencia de toda resolución firme.

—Mi deseo, Carlota, llega a ti jadeante por su apresurada impaciencia; mas se reposará en ti para siempre.

—Hablaremos, pues, hasta que el amor quiera. Hablaremos, y con palabras blandas iremos preparando a nuestro deseo un lecho suave.

—Tus palabras son para mi como la pluma.

—Y tus palabras son para mí como el vuelo.

—Yo te hablaré, Carlota, yo te hablaré; porque mi amor tiene muchas promesas..., y, en verdad, no debe anticiparse el cumplimiento, sino que éste ha de llegar así que la promesa le haya ido preparando el camino. Y aún, cuanto más se vaya conteniendo el deseo, será después más arrebatado y gustoso y firme...

Federico, sentado e inclinado junto al lecho, parecía estar a los pies de un trono.

Ella resplandecía en su propia sonrisa y creía como tener al alcance un sueño preferido.

Así, emocionadamente, ambos se entregaron largo tiempo a la efusión de sus palabras.

Fritz se sentía como prendido el ánimo con el hilo de oro de aquella voz arrulladora. Ninguna mujer más armoniosamente atractiva. Tenía en la sencillez de su elocuencia la elocuencia de la sencillez.

No hubiera necesitado hablar para ser una diosa; pero hablaba, y desde luego lo era.

Federico había pensado siempre que la belleza es el talento de la mujer... Y ésta, por su belleza, era un genio. Mas tenía talento, además, como si se le hubieran contagiado la carne con el alma y el alma con la carne...

—¿Tú no has amado nunca, hasta ahora, Fritz?

—No.

—¿Ni a las que engañaste?

—No las engañé; sino que me engañaba yo a mí mismo.

—¿Y por qué hemos de pagar las demás tu engaño?

—Tú no lo podrás pagar, Carlota.

—Lo sé; y tal vez en esto esté tu engaño...

—No; a ti te quiero.

—Más peligro de que te equivoques.

—El tiempo lo dirá todo.

—Será mejor que nosotros se lo contemos todo al tiempo. Yo no le daré a él la iniciativa de mis actos. El tiempo será un espectador, no un dictador. El es demasiado variable para que le debamos confiar nuestra constancia.

—Eso es verdad, Carlota.

—El no cuenta más que mudanzas, pero hablará de una firmeza...

Callaron un momento.

El aire temblaba en los cristales.

—Fritz, va a ser pronto de día...—pronunció ella gravemente.

—¿Qué me importa? La aurora alegre no me querrá separar de ti...

—Pronto amanecerá, mi bien; debes marcharte. No es hora todavía de casarnos—aseveró Carlota riendo.

Y Fritz se salió por donde había entrado.

Y volvió en noches siguientes, en que tornaba a oír a este ruiseñor que le encantaba el alma con la suprema música de las más sutiles ideas amorosas.

Alguien vió gatear a Fritz por las paredes inexploradas de Carlotita; seguramente alguna vecina curiosa le fisgó alguna noche, y presto corrió la nueva por toda la aldea.

—¿No sabéis? Carlota está dando sus noches de bienvenida.

—¡Hola, hola! ¿A quién?... ¿Ha pescado, por fin, a alguno?

—Ha pescado a Fritz.

—¡Ja, ja! ¡Pues a bueno ha pescado! Mal año para los casorios. En esa pesca ya sabemos quién tiene la caña.

—Lleve, sin embargo, mucho cuidado Fritz con esa doncellita madura.

—Sí, sí; con más cuidado la catará mejor...

Ajenos al comentario, inevitable, los nuevos novios dábanse felizmente a sus dulces diálogos, que, al ganar en intimidad, ganaban en fuego y se enredaban más firmemente en la mutua promesa.

Pero una mujer tan espléndidamente bella, tan irresistiblemente atractiva, sentada en el deslumbrante trono de amor de su lecho intacto, no podía inspirar sólo encendidas frases a un rondador tan impaciente y aturdido como era Fritz. Las mismas encendidas frases tenían que acelerar y aturdir más el enamorado pensamiento; y la inquieta mano del rondador adelantábase, por fuerza, a escarceos, no por tímidos y respetuosos menos ardientes.

Y ella, la esfinge, defendíase, austera, separando con grave mano la mano febril; con digno ademán, el viril arranque impetuoso.

Y ella, la esfinge, tuvo que amonestar al inquieto:

—Está visto, Fritz, que tu cariño lo tienes tan consentido y mal acostumbrado, que la palabra en que pusiste mi esperanza es la primera que se olvida de tu entereza...

En efecto, Fritz, novio mal experimentado

por mujeres sin experiencia y sin sagacidad, se aburría pronto de las enojosas formalidades que le imponía Carlota.

—¡Este cuerpo es mío! ¿A qué me lo niegas?...

—No te lo niego, Fritz; te lo defiendo...

—¿Cómo? ¿Es que lo vas a defender contra mí?

—No; solamente lo defiendo de ti.

—¡Estas carnes son mías, Carlota, son mías!

—Porque son tuyas, bien las debieras respetar. ¿No te importa perderlas?

—¿Perderlas, dices?

—En cuanto con facilidad las ganaras.

—¡Bah, bah! ¡Tú no me quieres! Si tú desearas mi cuerpo como yo el tuyo, no verías en el tiempo la ilusión de la espera, sino la pesadumbre irreparable del placer desaprovechado y perdido. Para el amor no hay más porvenir que el momento, Carlota, y el ahora no disfrutado, luego es un ayer neciamente dejado ir... Lo que ahora mismo no es, ya es tarde para siempre... ¿Qué dirías

de ti misma si, al encontrar un tesoro, no te atrevieras a tocarlo ni a gozarlo por miedo...? Serías incorregiblemente pobre como la avaricia. Tu pobreza, entonces, se convertiría en la más miserable de las pobrezas, y nadie te podría consolar sin perderte; porque quien te compadeciera, sería quien te habría de empobrecer otra vez, robándote el desdeñado tesoro...

—El verdadero amor, querido mío, pone, acaso, el placer en el momento, y llora, es verdad, el irreparable tiempo perdido. Pero no puede prescindir del futuro, porque sería limitar al solo presente lo que debe estar en el tiempo entero. El amor vive de recuerdos de ayer, de goces de ahora y de esperanzas de mañana...

—No hables más; ya me dices bastante...

La reserva desconfiada de Carlota, por supuesto, habría de irritar aun al amante de más mala fe. Y pronto, una noche, ya no acudió Fritz a la cita.

Carlota le aguardó en vano. Las horas, largas como nunca lo fueron, íbanle confirman-

do que a Fritz no le llevaba un honrado propósito.

Y aquella noche no dormía Carlota, puesta a dura prueba con su pesadumbre.

IV

Mas la avispada moza no era hembra que no supiera defender su amor y el terreno ganado en las gustosas entrevistas. Además, tolerar aquella tan elocuente fuga ya sería, realmente, haberse dejado engañar por el acreditado burlador, y de Carlota no se podría burlar sin que ella le dejara impune.

¡Ay de la mosca que jugueteara en la red de esta arañita mansa!...

Y otra mañana, en el mercado, dándose

Carlotita de cara casualmente, siempre casualmente, con el desertor, en vez de regañarle, súpole envolver en tierno preámbulo, y le dijo:

—Comprendo, Fritz, que al traviesillo amor, que es niño, no se le debe regañar muy duramente, sino que bueno es consentirle también con alguna agradable concesión.

—¿Qué me vienes a decir con eso?

—Casta soy, de lo que se ufana mi dignidad...

—Tan casta, que se ha enojado la mía.

—Casta soy, te digo; pero debo confesar que te amo. Ganado te tienes un favor: si tanto es lo que te gusta mi cuerpo, y si mi cuerpo es tuyo, quiero, como tú, que lo veas y conozcas.

—¿Esta noche?

—Así la mañana fuera ya la tarde y hubiera anochecido...

Y Fritz escaló, rápido, aquella noche el muro de Carlota.

Ella le aguardaba, desnuda totalmente, bajo una amplia capa de seda negra...

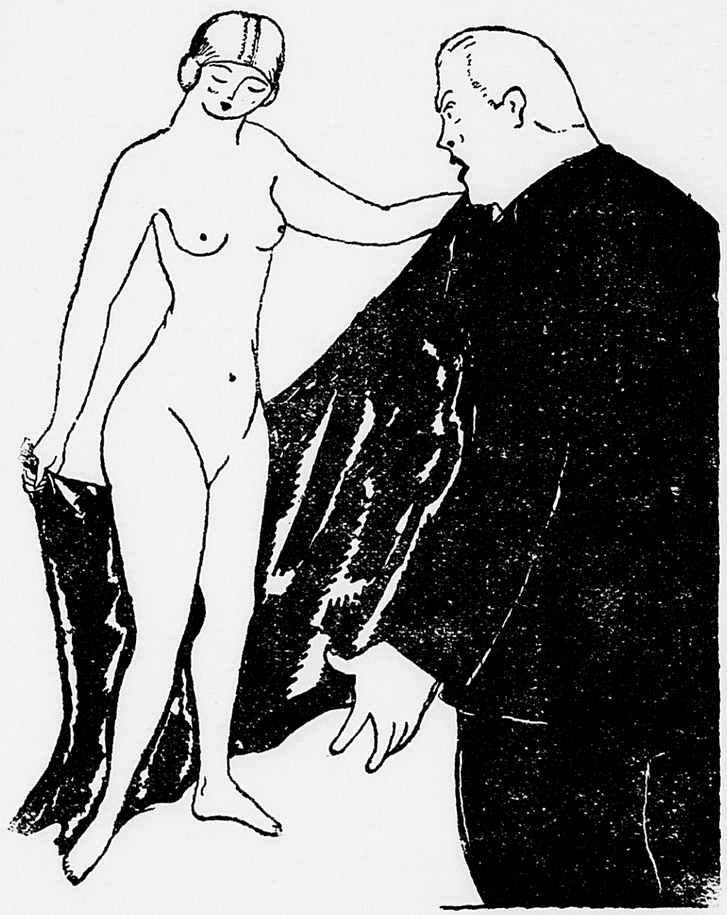
Animáronse con más vivacidad que nunca las palabras, palabras aturdidas de novios reconciliados; protestas que se caldeaban después de la separación enojosa; palabras nuevas, como de un nuevo amor, calentadas con más vivo fuego; palabras aproximadas al oído, y al labio, y al beso...

Floreció el beso primero, y floreció todo un innúmero rosal de besos primeros...

La amplia capa de seda negra se alzó..., y el solemne desnudo, como si pusiera un resplandor en el semblante arrebolado del galán, y como si le deslumbrara los ojos, tuvo soberano poder contra el guluzmeador de bellezas íntimas...

Aquél no era un desnudo de mujer, que era el arca misma de la belleza.

Y allí se quedó Fritz como petrificado ante el mármol rosa de la más inspirada estatua. Estatua trémula en que esplendían dos exactas y armónicas magnolias de alabastro, dos altivas combas, recia y suavemente estribadas, y el doble y delicado remate de los pies, mínimos y encendidos... Mármol auténtico en que el más respetuoso olvido



hubiera dejado crecer un musgo de oro...

Allí se quedó como imantado el huidizo doncel, hasta que le volvió a la mísera realidad aquel mágico telón negro...

—¡Deja, deja, Carlota, que te bese entera!... ¿Qué haces de mí...?

—¿Y por qué te amo yo tanto, que tampoco sé qué haces de mí?

—Carlota, eres más bella que tú misma; yo no podía suponer así a la que me gustaba. Superas mi deseo y me haces ya indigno de quererte. ¡Pero tú serás mía! Déjame que te bese entera, de cuerpo a alma... Toda esa carne mía deseo cubrirla de mil besos primeros... ¡Quiero besar también tu alma, porque no quede en ti nada que no sea mío!...

—El alba se acerca—respondió Carlota—. ¿No lo ves?

—¡Maldita sea el alba!—clamó sinceramente Federico.

Y maldita fuera también aquella viva alba de carne; maldita aquella mujer ladina, que pretendía, tan sabia y tan irresistiblemente, meterle a él en la celada con sutiles amaños

que no eran más que burlas. ¡Odiosas burlas, como no las recibió nunca varón!...

Y porque, ciertamente, se aproximaba ya el amanecer, Fritz, recobrando toda su malicia y dueño de su instinto, se salió presto.

El alba y aquella mujer eran odiosas... Dos bellezas iguales parecieron haberse aliado contra él como contra una artera alimaña de las tinieblas. Y Fritz lo comprendía, un poco, allá en el fondo nocturno de su conciencia huída de burlador...

¡Pérfida hembra aquélla! ¡Diestra buscadora de osados y poderosos recursos!

Bien podía Carlota fiar en la suprema fascinación de su cuerpo excelso de walkyria... Porque a la otra noche...

A la otra noche, Federiquito, encandilado todavía, cegado por la feliz e imborrable contemplación, volvió a la casa de Carlota; volvió, aunque porfiadamente no quisiera, por contemplar, al menos otra vez, lo que todavía le deslumbraba y le encendía de avaricia, como revelación de un fabuloso tesoro, para todos oculto, descubierto por él y dejado por él intacto...



Pero esta noche un incidente vino a turbar la desatentada ilusión.

Sucedía, entretanto, que cierto ciudadano pacífico, habitante del piso bajo de la casita de Carlota, el señor Kant, andaba fieramente celoso de su mujer.

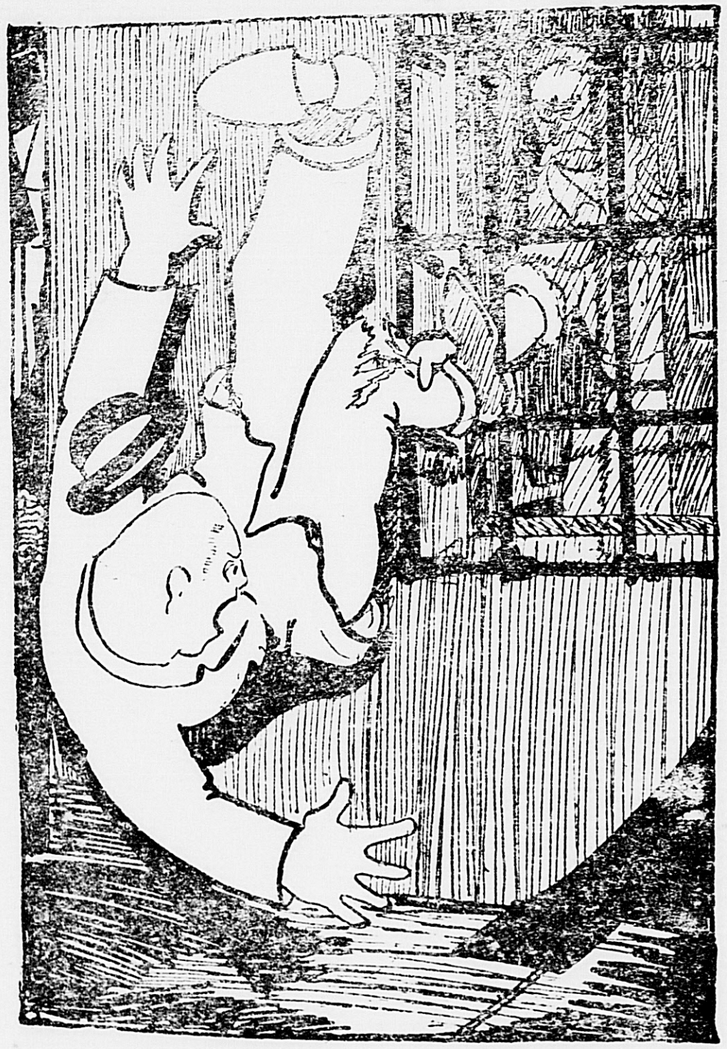
El señor Kant, zapatero, dueño de la tiendecita cuya muestra sirvió más de una vez a Fritz para sus escalos amorosos, era ciudadano pacífico: por más que se le viera constantemente esgrimiendo una afilada arma, ésta no la empleaba sino para el útil y humanitario menester de recortar suelas y cabos. Mas ahora el hombre, soliviantado por los negros celos, andaba en acecho como un tigre, y no pasaba hombre por la calleja que no pasara ante la feroz mirada inquisitiva y amenazadora del vigilante y rabioso Kant...

Decíase, con pregón bajo, en toda la aldea que la zapaterita consorte indiscreteaba con el guarnicionero de la calle o con el ricacho de la plaza, o con ambos a un tiempo, aun cuando, claro es, a horas diferentes. Puestos a atribuir, los vecinos hacían figurar en la clientela de la zapaterita número tal de cor-

tejadores adúlteros, que, de ser verdad, la zapatera daría ciento y raya a Mesalina; y no es que esto le parezca a nadie imposible, porque conocemos a mujeres que hacen casta a la augusta ramera clásica; sino que, de tener la zapatera tantos amantes como se le asignaban, las demás mujeres del lugar quedarían todas en muy mal lugar... Más piadoso sería reivindicar el buen nombre de la zapatera y dejarle sólo dos amantes: sobrados, claro es, como para que el zapatero anduviera dado a todos los diablos.

La zapatera tenía crédito de bien plantada; pero más bien plantado y feroz, ahusmaba en el aire el marido la certeza de su infortunio. Cuando una noche...

Una noche, el celoso disponíase a ocupar el desabrido lecho... y vió a un hombre encaramado en su ventana con el denuedo más insolente y temerario del mundo... Mugió como toro el amoscado remendón, embistió de un brinco; y al punto que el descuidado Fritz trepaba a la muestra de la tienda, una airada fuerza le asió, le rompió los calzones y le derribó a la calle...



Fritz era valiente; mas como no podía sospechar quién le había agredido, y como aquella mujer ya le inspiraba una desconfianza invencible, no hizo más que levantarse, adolorido, pero enérgico, y alejarse pronto de aquella aborrecible casa de Carlota.

¡Era él hombre harto experimentado y sagaz para que se dejara coger, incauto, en las redes de esta doncella maestra de astucias! ¡Resultaría lamentable que un hábil burlador saliese tan donosamente burlado!

El no conseguiría engañar a Carlota; pero entonces, si no la pudiera engañar, ¿qué le importaban ni Carlota ni su aparatosa hermosura?...

Bien escarmentado quedó Fritz. Por su parte, Carlota tuvo que contrariar su amor con el enojo que debía de causarle el proceder de Federico. Probado estaba que éste sólo pretendía cortar la rosa de su doncellez, aspirarla un día y dejarla luego. Insulto del amor al amor propio, que no perdonan las mujeres. ¿Qué se pensaba el presumido mozo? ¿Que era ella una de tantas, que ella valía tan poco y estaba para un fácil capricho?

Ahora sí que se alejaron moralmente estos novios, con motivo sobrado como para no mirarse más.

El amor de la contrariada Carlota fué, pues, a pesar de los cuidados con que lo cultivó, pasajero como flor de un día.

Verdad que los otros amores no suelen durar más...

V

Así parecieron quedar las cosas. Pero rara vez en nuestras decisiones sabemos contar con lo imprevisto. Y lo imprevisto en este caso fué que Federiquito perdió de un golpe su halagadora y favorable fama de galanteador irresistible y afortunado.

En Ottemburgo se sabían, desde su principio, las relaciones de Fritz con Carlota: muchos los habían visto galantear en el mercado; alguien había sorprendido al catador

de mozas barzonear por la callejuela y trepar luego al balcón de Carlota; y también fué público y reído el grotesco choque con el zapatero celoso y furioso; pero así que se corrió la voz de que estos novios se habían citado y entrevistado repetidamente, para nada, y que en la prueba no hubo habido prueba ninguna, la maledicencia aldeana fué más minuciosa y burlesca.

El caso picó la curiosidad erótica de más de un varón; y por las esquinas próximas a la morada de la bella intacta se apostaron más de cuatro *gatos* al atisbo de saltar al alero.

Nunca tuvo más partido la joven.

Salía Carlota, y extrañábase de que la siguieran ahora como no la siguieron antes; recibía mimosos saludos, efusivas cartas; topábase con osados galanteadores. Pero ella, siempre, necesariamente, a pesar de todo, con quien deseaba encontrarse era con él, con su canallesco Fritz de su alma y su corazón.

Y se enfrentó con él. El amor es imán, que juega delicadamente con el más duro acero.

Fué una tarde, a las verdes márgenes del

Elz, tributario del padre Rhin, que baña campos llanos, de remolacha y lúpulo, tierras abruptas de los bajos de la Selva-Negra, espesos e imponentes bosques; y que cruza con rodeo respetuoso a los pies de Ottemburgo. Ancha y larga avenida, que sombrean tilos centenarios, es paseo favorito de burgueses aldeanos ganosos de soledad y de parejitas esquivas.

Por allí bigardeaba Fritz, y por allí se dió inopinadamente con Carlota, la que le había desacreditado, la hembra aborrecida porque era la indominable.

Carlota vió a Fritz, al hombre más odiado, al más amado; y para no delatar la detención brusca de su corazón, ella hundió sus ojos en la mansa y turbia linfa del Elz.

—Mira, mira al río, y atráelo; pero no lo podrás detener...—murmuró *una voz* a su lado.

Ella se volvió, y dijo:

—Bien lo sé, Fritz; pero... ¿me ahogaré yo en sus aguas neciamente, para no detenerlo así tampoco? Yo lo veré pasar, pero él me verá a mí firme.



—Camina tú con él.

—Que se pare él conmigo.

—Bastante se ha parado ya, Carlota, para el agua que lleva. Tú eres la incapaz de seguirle el paso.

—¡No, Federico! ¡Yo soy capaz de ahogarme, como él se pare!...

—¡Bastante se ha parado, te digo!

—Es cierto, Fritz... Ahora lo comprendo. Pero yo le corresponderé.

—¿No mentirás de nuevo?

—No.

—¿Tú tienes palabra... que no sea tu palabra?

—Tengo corazón.

—Debieras probarlo.

—¡Fritz de mi alma! ¡Esta noche... será...!

—No quiero creerte, no quiero. Ya no volverás a engatusarme, Carlotita.

—Juro que será. Si tienes memoria para acordarte de una promesa jurada de mujer de ahora a la noche, vé a mi casa: tuyo será todo lo que quieres de mí.

Se despidieron.

A la noche, Carlota sería de Federico. Ha-

bía ella empeñado su palabra y la cumpliría dignamente. Había puesto su palabra de honor en entregar todo su honor al amado, y consumaría la promesa.

Fritz, aquella tarde, pasó ante la puerta del zapatero celoso:

—Buenas tardes tenga el señor Kant.

—Buenas tardes, Fritz.

—Yo debo decir a usted una cosa.

—¿Qué cosa es ésa, Fritz?

—Que ahí arriba de su techo hay un palomar donde no tiene usted paloma; pero usted vigila y estorba el acceso.

—¿Yo...?

—Sí, señor Kant; me he enterado de que fué usted quien una noche atacó a un rondador de la palomita de arriba y le arrojó a la calle; y me he enterado de que ese rondador era yo...

—¿Tú, eras tú, Fritz?... ¿No te burlas?

—Ningún interés tengo en burlarme de usted ni de sus cosas; yo pico más alto.

—Fritz, amigo Fritz, perdóname entonces; pero... me has quitado un peso de encima...

—¿De encima de su ventana, señor Kant?



—De encima de mi alma; y te lo agradezco.

—Pues, en pago, déjeme, esta noche y las siguientes, que ponga sólo un pie en su ventana; sólo un pie, porque yo voy más arriba...

—¡Bien, bien, picarón! Tú siempre de aventuras gatunas... Vé descuidado, y pon los pies que quieras ahí; con que no te descalabres...

—Haré lo posible por llegar al cielo antes de que me pueda matar.

—No está mal la galantería... Pues que mi ventana te sea útil.

—Gracias, señor Kant.

Era ya el crepúsculo sombrío, alba de la más clara y alegre noche: la noche de las prometidas glorias, de la posesión de la mujer hermosa y esquiva. ¡Carlota caería bajo su impaciente deseo; aquel cuerpo deslumbrador, único, inolvidable, sería, por fin, presa de su reconcentrado y detenido ahinco!...

Nadie pudiera describir cuánta claridad traían aquellas prometedoras tinieblas. Ninguna despejada mañana tuvo nunca más luz que aquel anochecer: porque para el dichoso

Federico apuntaba un sol esplendoroso como no era sol ninguno: el sol de carne de su deseo, el más bello y majestuoso desnudo de hembra enamorada...

... Ya que avanzó la noche con su agitada pedrería de astros, y sonó una esquila como sonaría una estrella de plata, Fritz llegó frente a la casa encantada de su dicha. Era pequeña; pero el amor sabe improvisar sus palacios.

Trepó el galán con habilidad y presteza mayores que nunca. Aquella noche le sirvieron al amor las alas...

Carlota, en su lecho, esperaba a su fascinador desde hacía rato, anticipada a la puntualidad. Estaba arrebatadoramente risueña y hermosa. Estaba desnuda bajo el amplio lienzo de seda negra...

—Siéntate, Fritz—pronunció la amante, con dulce gravedad.

Fritz le besó las manos, con efusión emocionada. Luego, aligerándose de sus pieles, se sentó pronunciando tiernos cumplimientos.

Carlota dijo:



—Hemos hablado hoy con palabra de honor.

Respondió Fritz:

—Yo así lo he estado pensando todo el día, y por eso vengo a tu lado. Vengo, de todos modos, porque te amo con insoportable locura.

—Hemos hablado hoy con palabra de honor, y con esa misma palabra deberemos hablar esta noche definitivamente.

—Para siempre, Carlota.

—Yo te he prometido que sería tuya, y lo seré por juramento. Júrame tú ahora que no vienes a mí por burla mal pensada, sino por prueba formal de novios. Si yo no te gustara, y tú me lo pudieras mostrar claramente, ningún compromiso nos seguirá relacionando. Si yo, a pesar del loco amor que te tengo, llegara a ver en algo desagradable que mi ilusión era ilusión vana, poco firme y causante futura de desabrimiento, yo te lo confesaría con lealtad.

—¡No vengo por burla, sábelo bien!

—No lo merecería mi hermosura, Fritz. ¿A qué modestias inútiles contigo?...

Alzando un momento la cobertera de seda, Carlota añadió:

—¿Es merecedora de burla esta carne joven y no mal hecha? ¿Es merecedor de frivolidad malintencionada este cuerpo enamorado de ti hasta los más íntimos temblores?...

Fritz, casi arrodillado, entregado en todas sus potencias, contemplaba con encendido arrobo aquella esplendidez insuperable, perfecta. Ningún ídolo fué con más devoción y respeto tocado y besado.

—No merecerías el imperdonable insulto de la burla, Carlota. Eres más bella, más divina que Cypris... Friné fué modelo de Venus; tú puedes ser la estatua de Friné...

—Tú eres bello como un dios joven. Tus poderosas líneas de campeón tienen suavidades de niño. Tú eres para mí como una rosa de piedra, cuyo aroma fuere la fuerza... Tiemblas como el mármol que vacila en su base, como el roble duro que recibe en sus hojas la caricia fugitiva del viento...

—Háblame, háblame, Carlota; son tus palabras las que me acarician hasta las raíces...

—Tus ojos claros, amado mío, me han robado la luna; pero vienes a iluminar mis noches. Cuando te entras, como la luz, por ese balcón, que es para mí la puerta de todas las claridades y el oriente mismo, entonces alborea para mí, después de la enfadosa oscuridad del día... Y temo perderte: porque si alguna vez ya no fueras mío, yo viviría como viven los ciegos que cegaron luego de haber visto. Los que nacieron ciegos, se imaginan una claridad más bella y más pura quizá que la de los cielos; pero quien vió la luz y después la pierde, ése sufre mayor desventura, que no se puede figurar para sí otra luz que la que ha perdido...

—¡Te amaré siempre, siempre!

—Quisiera yo que hubiera transcurrido ya todo el tiempo que se encierra en el siempre, y que me siguieras amando.

—Te amaría siempre, desde entonces.

—Así quiero escucharte, Fritz.

—Pero... ¿qué puedo yo decirte cuando hablas tú?...

—No necesito que me hables para que yo te quiera: si tú fueres de piedra, si no tuvieres más que la fina piedra esculpida de tu



carne, yo te querría, Fritz; y calentaría tus frialdades hasta que mi cuerpo, dándote todo su calor, se helara como piedra... No te exijo que hables: tanta alma le daría yo a tu mármol, que al fin se animaría y hablaría... Mas te quiero oír, porque yo deseo de mi amado sus palabras tanto como su forma y su fortaleza.

—¿Qué te he de decir a ti, que tan gallardamente me hablas? Dialogar contigo es callar pronto y escuchar; es admirarte...

Hubo luego un detenido silencio. La noche misma, que durante el diálogo parecía haber bullido con el zumbante austro, se había contenido también en una amplia pausa...

Fritz entonces, libre por un momento de las sugestiones de aquella astuta Scherazada alemana, reaccionó vivamente, y dijo:

—Pero esta noche no es para que la perdamos en palabras, Carlota. Quiero hacerte mía, o por ruego o por amenaza. Ya has jugado bastante con mi corazón y tendrás que desagraviarlo.

—¿Cómo? ¿Es que vas a dudar de mi ju-

ramento? Me he prometido tuya... ¡y tuya soy!... ¡Tómame ya, por siempre!...

Diciendo su declaración de entrega, Carlota sonrió con una sonrisa en que iba toda su alma y que decidía conscientemente la suerte de su amor.

El feliz amante levantó la seda que envolvía su tesoro, y dióse a devorar de nuevo, con su mirada llena de codicia, el fabuloso y anonadador tesoro que caía en su poder...

Ya no hablaban apenas los trémulos amantes, porque la razón estaba muy lejos, y sus almas sólo se manifestaban y reponían en suspiros profundos... Con la desordenada y febril impaciencia que la seductora había ido acumulando sobre el deseo del amado, el varón, arrebatadamente, entró en posesión plena de lo que se le daba plenamente...

Ya Carlota no era, en estos momentos abstraídos, la hembra fríamente desconfiada, calculadora, cruel, sino una presa abandonada y estremecida, puesta en el desmayo, en el total olvido de su carne y su alma y lanzada a merced del dominador y triunfador.

¡Triunfador de la más arisca honestidad,



dueño absoluto, avasallador tirano de una vida indefensa en su soledad y debilidad!...

¡Triunfador Fritz de todas las bellezas de que tuvo capricho y también de esta orgullosa belleza que pareció excepcional e invencible!...

Y luego que todo se había consumado brillantemente, se irguió el vencedor y burlador con la arrogancia de su alegría y con la insolencia de su poder...

...Y también se irguió, con igual viveza, la abatida hermosura... Carlota, con cansado gesto jovial, descorrió la cortina: y la claridad de la avanzada aurora les envolvió y aturdió.

—Es de día, Fritz. Es de día para siempre...—declaró Carlota, en triunfo.

Después se asomó, presta, a una ventana, llamó a su dueña y a su amiga y vecina Margarita, y a la zapatera... y les gritó:

—¡Aquí está Fritz; es mi prometido!... ¡Nos casaremos de aquí a unos días!...

... ...

Y Federico... la abrazó, para siempre...

Notar al Folio.



Deseo que el lector, lejos de sospechar sólo fantasía caprichosa en lo que le llevo narrado, me lea también estas notas epilogales, curiosas y auténticas, fundadas en rebuscas históricas: para que costumbre tan chocante quizá como la de las noches de prueba no vaya a conocimiento de los demás sin las debidas confirmaciones que aseguren su verosimilitud.

Un jurisconsulto erudito, Grupen, ha demostrado, en una disertación escrupulosa, que, desde muy antiguamente, las entrevis-

tas íntimas eran en Alemania cosa corriente antes del matrimonio, hasta en la alta sociedad. Allá por 1773 se publicó un documento singular, en que se atestiguaba que Juan IV, después de seis meses de citas nocturnas con la hija de Ulrico de Rappoltstein, se vió repudiado con desprecio, porque la dama había adquirido la convicción de que le faltaban a él las facultades necesarias. Juan acudió, lleno de despecho y de vergüenza, a Strasburgo, a confiarse a un maestro, el más célebre doctor de la época; pero parece que las drogas y los baños prescritos por el ilustre médico no consiguieron gran efecto. La cosa ocurría en 1378.

El emperador Federico III, luego de haber sido amante oficial, por protocolo, de la princesa Eleonora de Portugal, y luego que esta unión hubo sido sancionada por el Santo Padre, rehusó consumar la boda, dando por motivo que él no quería procrear hijos italianos. La princesa, descontenta, con razón desde luego, de esta mala voluntad, se dirigió a su tío el rey de Nápoles. Este escribió al emperador que debía conducir a Eleonora

a Alemania, y que, después de haber dormido con ella una primera vez, podía, si ella lo consintiera, despedirla y casar con otra, lo que pareció bien a Federico.

Un sabio danés, autor de un buen libro sobre la antigua religión de los pueblos del Norte, cuenta que antes de las nupcias se miraba el comercio carnal como corriente en las naciones septentrionales. En la Escandinavia, un enamorado robaba por la fuerza a su querida, y el casamiento no tenía lugar sino cuando había pasado un año con ella.

Los monarcas francos tomaban, se puede decir, esposas provisorias, a las que ciertos escritores, ignorando los usos de la época, han calificado, harto ligeramente, de concubinas; aquellas mujeres eran elevadas al rango de esposas legítimas cuando tenían un hijo. Y ya puede verse que tales señores iban a asegurar su monarquía. Topar con una reina estéril, era dejar huérfano el Estado...

Legisladores rígidos persiguieron el hábito de las relaciones anteconyugales; uno de los Capitulares de Carlomagno prescribe imperiosamente que se observe por ambas par-

tes la castidad antes del consorcio. El rey de Dinamarca Frotto III ordenó a todos los que habían tenido trato con jóvenes no casadas el casarse con ellas. Las costumbres de Lubeck condenaban a severas penas a quien, luego de haber abusado de una inocente, pretendía abandonarla: era multado a fuerte suma, o bien encarcelado o desterrado.

Se cuenta en una descripción antigua del país de Gales que allá era raro el casarse sin que primero los prometidos hubieran cohabitado; con mucha frecuencia sucedía que los padres entregaban a sus hijas a la prueba, como melones a la cala; dábanlas a los mancebos y recibían en señal una suma ajustada en convenio.

La noche de prueba es, realmente, el origen de ciertos usos frecuentados en la Edad Media, cuando los reyes enmaridaban por acuerdo oficial con princesas de las que ellos se hallaban separados por grandes distancias. Tal lo refiere un viejo cronista austriaco, que dice que cuando Maximiliano I casó con la princesa Ana de Bretaña, envió a Rennes a uno de sus oficiales; y en el curso de la ce-



remonia, el representante del monarca, cubierto con su armadura, pero teniendo un brazo y un pie desnudos, se colocó en el mismo lecho que la princesa, y puso una espada desnuda entre los dos, porque es así como se hace entre los antiguos príncipes, y tal como se suele todavía.

Más tarde, Maximiliano se desposó con María de Borgoña, y se reprodujo la misma circunstancia. Aquí fué el duque Luis de Baviera quien representó al emperador; la sola diferencia fué que el duque tenía el brazo y el pie cubiertos con una ligera armadura: la espada fuera de la vaina no fué olvidada. Tuvo celebración la ceremonia el 26 de abril de 1474, a media noche. La duquesa Margarita y la gran dama de la corte señora de Halwin estaban a un lado del lecho, y al otro hallábanse presentes venerables consejeros de Estado.

Importa hacer constar que este simulacro de unión era avalado con la bendición eclesiástica. Y aquí debemos ver un vestigio muy claramente aducido de la noche de prueba, de la verificación acordada entre los futuros

para saber si el uno y el otro eran capaces de cumplir en el matrimonio. Recuérdese que en aquella época la unión conyugal quedaba rota por motivos de impotencia, ya de parte del marido, ya de parte de la mujer, accidente menos común.

Dejemos Europa, recorramos las demás partes del mundo, y veremos, frecuentemente, usos que nos recordarán las noches de prueba de la Selva-Negra. En el Congo, si el amante cree descubrir alguna imperfección en la joven belleza color de ébano que él corteja, no hay nada convenido para la unión. Inveterado hábito de los negros del Congo era el vivir algún tiempo con sus mujeres antes de amarrarse con el casorio, para aprender ambos a conocerse mutuamente por esta prueba. El método europeo lo juzgaban contrario al bien de la sociedad, pues que no permite, de ningún modo, asegurarse previamente de la fecundidad de una hembra ni de otras condiciones convenientes al estado conyugal. Los padres de un muchacho enviaban a los de una joven-azabache por la que el mancebo-carbón sentía cariño, un presente

reservado a viudedad, y les hacian proposiciones de alianza. Este presente iba acompañado de un gran frasco de vino de palmera. El vino debia ser bebido por los progenitores de la doncella-endrina antes que el regalo quedara aceptado: condición tan precisa, que la conducta del padre y de la madre se consideraria, en caso contrario, un ultraje. Seguidamente, el padre daba su respuesta. Si retenia el obsequio, no habia menester de otra explicación para dar a entender su consentimiento. El joven-tinta y todos sus amigos se presentaban en seguida en su casa y recibian a la novia de las propias manos paternas. Mas si algunas semanas de prueba y observación daban a entender al marido próximo que se habia engañado en su empeño, luego devolvia a su mujer y se hacia devolver el regalo. Si los motivos de descontento provenian de él, perdia su derecho a la restitución. Pero, proviniera de quien proviniera el disgusto, la muchacha no era mirada después con desprecio, y no encontraba menos ocasiones de tentar nuevas pruebas. Sábese también que el padre de la chica no debia nunca

quejarse de la mediocridad del presente, si no queria verse acusado de haber vendido a su hija.

En Ceylán, los casamientos son una simple fórmula, que consiste en algunos obsequios de un hombre a su elegida, los cuales le dan derecho sobre ella desde el mismo instante que son recibidos. Los padres no dejan de entregar por dote a sus hijas dinero, esclavos y bestias. Si nacen hijos, los varones viven con el padre, las hembras siguen a la madre. Hombres y mujeres se casan, ordinariamente, cuatro o cinco veces antes de establecerse en definitiva.

Un viajero inglés, Cook, hablando de pueblos asiáticos sometidos a Rusia, dice que allá un doncel y una doncella convienen vivir juntos, un año, como marido y mujer. Si durante este tiempo la esposa queda embarazada, las nupcias considéranse ya totalmente hechas. Si la hembra permanece estéril, los dos entretenidos acuerdan prolongar la prueba durante un otro año, o bien se separan con buena amistad. Lo que no implica para la muchacha ninguna consecuencia deshon-

rosa; que ella encuentra un nuevo amador dispuesto a repetir la suerte.

Al decir de antiguos autores que visitaron pueblos de la India, entre los individuos de ciertas tribus, el amante debia entrar al servicio en la casa de su bien amada y esforzarse esmeradamente en serle grato. Si alcanzaba el consentimiento de los papás, podía en seguida unirse a ella, y, a la otra mañana, llevábala consigo. Algún tiempo después regresaban ambos, y la boda se solemnizaba en casa de los padres de ella.

Una particularidad de los negros de la Costa de Oro: Cuando la chica de la casa no es todavia núbil, tiene lugar un uso, que recuerda en cierta manera las bodas del emperador Francisco III. El dia de la celebración, todos los parientes de las dos familias se reúnen en casa de la pequeña y se entregan a la alegria hasta la noche. En seguida, la casadita es llevada al lecho de su marido, mas bajo la mirada vigilante de dos matronas. Esta formalidad se renueva tres noches consecutivas, después de las cuales la mancebilla es devuelta a su padre para que con

él viva hasta la edad núbil. El marido entonces entrega un akki *de oro a cada una de las dos matronas que han servido de gobernantes de su mujer.*

En China, los Bugares acostumbran que, después de la boda, el esposo se coloque en el lecho nupcial, pero completamente vestido y en presencia de gran número de matronas muy respetables. No permanece allí más que breve rato, se levanta y se retira. Esta comedia dura tres dias, y hasta la noche del tercero no se van los importunos testigos, ni el esposo queda libre para demostrar su ternura. Se expondria al desprecio general si quisiera antes permitirse algún atrevimiento. El cuarto dia conduce a su pareja con él.

Allá en algunos lugares indios de América del Norte, así que un joven guerrero queda prendado de una muchacha, solicita lo que se llama el tary, *es decir, el favor de pasar una noche cerca de ella. Los padres aparentan no ver nada, y los dos amantes son dejados vis a vis. Acuéstanse en la misma yacija, pero conservando la mayor parte de sus vestidos. Si están mutuamente satisfechos, el*

maridaje no tarda apenas; si no, se separan para no volverse a ver más; aunque si de aquella entrevista resulta un embarazo, el amante debe desposarse, pues que, en caso contrario, quedaría desterrado de la tribu.

Un sentimiento de delicadeza, extraño en salvajes casi antropófagos, está en vigor allá en Nueva Zelanda: Las hembras neozelandesas, aun cuando honestas y decentes, no son inaccesibles; pero se entregan y venden sus favores con la venia de la familia, que ellas consiguen de ordinario por medio de un obsequio convenido. Una vez que se establecen estos preliminares, cuenta Cook, todavía es necesario tratar a la mujer, durante una noche, con mucha delicadeza, y el amante que se atreviera a tomarse con ella libertades inoportunas, no saldría con bien de su proyecto. Cierto oficial inglés se dirigió, para tener una mujer indígena, a una de las mejores familias del país, y recibió una respuesta, que, traducida exactamente, viene a decir: "Todas estas jóvenes se tendrían muy honradas por vuestras declaraciones, pero debéis, de antemano, un obsequio conveniente y venir a acostaros esta noche en tierra con nosotros, porque la luz del día no debe ser de ningún modo testigo de lo que pase entre vosotros."

De antiguo era en la Lituania la costumbre de que los padres se opusieran constantemente al matrimonio de su hija; faltaba que el amante la raptara y quitárale por fuerza la doncellez; entonces se festejaban las nupcias. Asimismo era de buen gusto entre estas gentes mirar a una esposa como que permanecía virgen hasta el momento en que el parto venía a manifestar, por el contrario, una prueba sin réplica.

El profesor Mueller ha notado que en diversos puntos de la Siberia la novia es robada por su futuro y estrenada antes del himeneo.

Pruebas análogas a las de Alemania suelen practicar los Hotentotes. Desde que los familiares se ponen de acuerdo sobre las cuestiones de intereses, los novios son encerrados solos en una vivienda, donde pasan la noche luchando para saber quién es el más fuerte. Si la joven opone terquedad, el com-

bate puede ser largo: si ella resiste hasta la mañana, si no cede nada, es retirado el aspirante; mas si él ha triunfado, y esto es lo que con frecuencia ocurre, el matrimonio se celebra y se acompaña de raras ceremonias. Indudablemente, la lucha tiene por fin el comprobar si el hombre está dotado de un vigor que pueda asegurar que su amada tendrá en él un buen esposo, tal como ella lo desea.

En otra parte, asi que un enamorado ha conseguido autorización de llevarse a su dama, espia la ocasión de encontrarla sola, o en compañia de pequeño número de testigos, porque todas las mujeres de la villa están obligadas a protegerla; además, la moza tiene dos o tres vestidos sobre su cuerpo, y está de tal manera enredada de correas y cordeles, que apenas si se puede mover. Si él la coge sola, o poco acompañada, se arroja sobre ella valientemente, y comienza por arrancarle sus vestiduras, sus correas y sus cuerdas: porque toda la ceremonia del casamiento consiste en ponerla desnuda. Si es tan dichoso que triunfa, se va al instante, y la desposa luego, y para reparar su falta, llámala

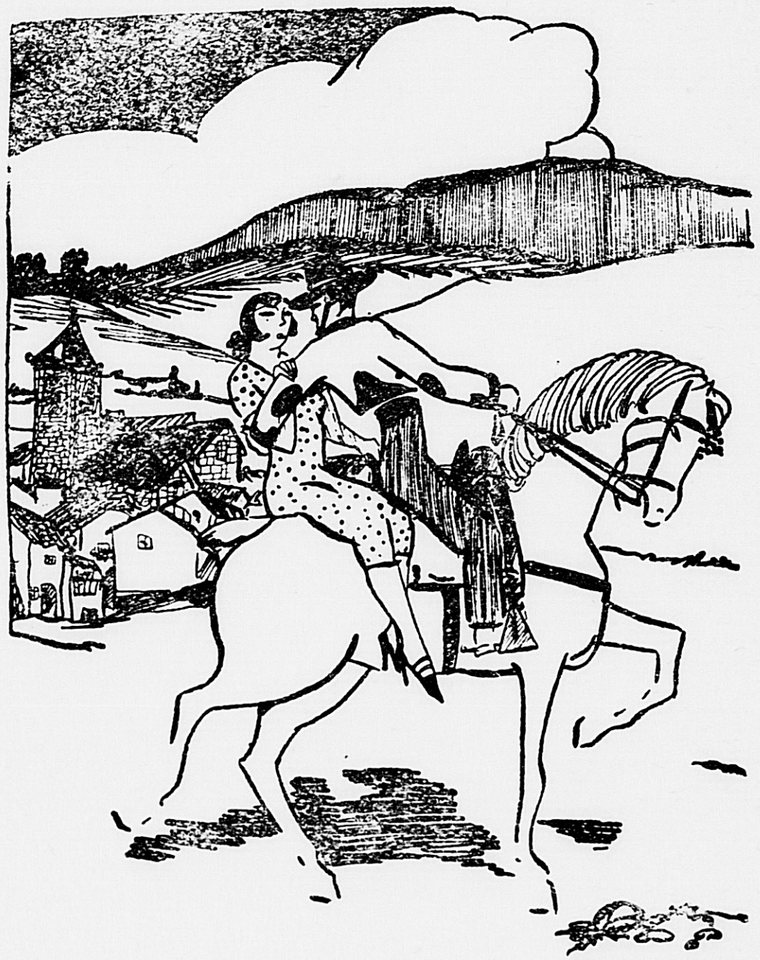
con un tono de voz tierno y adulador, y la unión queda consumada.

Casi todos los pueblos poco avanzados en la civilización se han mostrado por completo indiferentes a la virginidad.

Refiere Paw, allá por 1769: "Los indios o los peruanos sometidos a los españoles no se casan hoy más que con mujeres que no son ya virgenes; se creerian deshonrados si sus hembras no hubieran yacido con numerosos galanes antes de sus bodas".

Otra vieja relación nos dice, a este respecto:

"Las jóvenes de Islandia, que son muy bellas, aunque van muy mal vestidas, acuden a los alemanes, y ofrecen a los que no tienen mujeres estar con ellos, a cambio de pan, de biscuit, o de alguna otra cosa de poco valor. Los padres mismos, se dice, presentan a sus hijas a los extranjeros; y si ellas quedan embarazadas, esto les origina un gran honor, pues que ellas son más consideradas y más buscadas por los islandeses que las otras."



No sé si te he cansado, lector, con tanta cita histórica; pero, por otra parte, sospecho que te gustarán, como a mí, las citas.

Si, por ser tan lejanos, de tiempo o de distancia, estos episodios, llegas a dudar de su verosimilitud, a pesar de la autoridad de los que la refrendan, yo te diré aún que, por el testimonio de personas vivas, en España misma puédote señalar casos de anticipación amorosa, de noches de prueba.

En M..., y en otros pueblos de Granada, ocho días antes del casorio, el galán rapta legalmente, quiero decir, usualmente, a su prometida. Digo legalmente, si es que la costumbre hace ley; dígolo, además, porque el curioso hábito va aceptado por el vecindario, sin que promueva escándalo ninguno. Hasta se organiza una comitiva, ante la que la novia es entregada. El novio dice las palabras sacramentales *y se lleva a la chica, por esos ocho días, a casa de sus parientes. Luego se casan; y aquí no ha pasado nada: es decir, aquí ha pasado todo.*

—Tengo que llevarme a la novia—me decía una vez un comerciante de M...

Yo eché a broma la cosa, y le hablé:

—A ver si ultimamos nuestro asunto.

—No, señor—replicó él—; esta semana me dejo de negocios, porque es que tengo que llevarme a la novia.

En efecto, se la llevó a su casa.

Y yo me acuerdo ahora de aquel raro lance, y lo he relacionado con las noches de prueba.

José Bruno



MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

La Editorial Atlántida

ha puesto a la venta las siguientes obras:

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de FELIPE SASSONE, que tan clamoroso éxito alcanzó.

Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra de magno estilista RICARDO LEÓN.

Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano JOSÉ MARTÍ, prologadas y ordenadas por ALBERTO GHIRALDO.

Ejemplar, 5 pesetas.

Pedidos a **Editorial Atlántida y Novela de Hoy.**

MENDIZÁBAL, 42. MADRID

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peníscola. Cinco pesetas en todas las librerías.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA

Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

Se ha puesto a la venta en toda España la más esperada novela de

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ,

el humorista de agudo ingenio y el novelista que sabe dar a sus creaciones la máxima ternura y emoción.

Las siete columnas

es el título de esta nueva magistral novela, hermana gemela de aquella otra, cuyo éxito resonante traspasó ya las fronteras, "El secreto de Barba Azul". En

Las siete columnas

como en "El secreto de Barba Azul",

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ,

uno de los más sólidos prestigios de nuestra literatura contemporánea, conmueve y deleita, hace pensar y sonreír y es a la vez el filósofo claro y grave y el humorista e ironista de inimitable gracejo. En esta novela,

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

demuestra que los siete pecados capitales son

Las siete columnas

sobre las que se sostiene el complicado edificio del mundo.

Pedidos, a "Editorial Atlántida".
Mendizábal, 42.—Madrid.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Se ha puesto a la venta

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.